

MARIO OSSES

## PLATICA SOBRE SINCERIDAD

---

EL MELIPILLANO Alejandro Venegas que —como el serenense Enrique Molina— esplendió hace medio siglo en Talca la noble, tierra de Francisco Antonio Encina y Armando Donoso, forjó, templó y disparó desde allí sus armas moralíferas.

No puede decirse que sea hasta hoy excesiva la trascendencia de los impactos: los manuales de Literatura Chilena no incluyen a Valdés Cange. Mucho menos los de Hispanoamérica, apolillados y al abuso.

¿Monografías o exégesis?

Aparte una treintena de páginas de Armando Donoso que sirven de prefacio al libro póstumo *Por Propias y Extrañas Tierras* (Nascimento, 1922), hay un opúsculo de Enrique Molina que las triplica: *Alejandro Venegas, Estudios y Recuerdos* (Nascimento, 1939).

Mas, ni el lirismo del cronista talquino, ni el anecdotismo del filósofo serenense logran disimular la modestia crítica de los enfoques, al paso que revelan sin avaricia el predominio del afecto y la consideración de ángulos que no incluyen al ensayista propiamente tal, sino al educador y al hombre. Sólo Ricardo Latcham apunta con felicidad al objetivo que postulamos en dos páginas de cuarenta dedicadas a 55 pensadores (*El Ensayo en Chile en el siglo xx*, Ed. Universitaria, 1952).

Los trenos o lamentaciones de Lastarria y la agresividad de Nicolás Palacios son tortas y pan soñados frente al Jeremías que en 1910 publica *Sinceridad*, libro de 355 páginas con 26 cartas al Presidente Ramón Barros Luco, prosecución de otras que le había enviado a don Pedro Montt para inducirlo a terminar con el régimen de curso forzoso de papel moneda, establecido en 1878. Según el profesor de francés y castellano Dr. Valdés Cange (anagrama de Alejandro Venegas), la conversión pudo efectuarse un cuarto de siglo antes, pero

como el billete depreciado favorecía a los oligarcas —léase terratenientes que detentan el poder— el régimen se mantuvo en forma dolosa, y aun engordaron a ojos vistas los estafadores, mientras el pueblo se debatía en el vicio y la miseria.

He aquí un publicista que profesa a fondo el determinismo económico, al parecer de contrabando o a espaldas del marxismo y anticipándose casi lustro y medio a la revolución bolchevique.

La obra tiene desarrollo simple, lineal y los temas ofrecidos por cada misiva exhiben como prenda, esa regularidad monótona que en la vida vegetativa alcanzan los procesos inconscientes de la masticación y la digestión, lo cual no debe asombrarnos, porque Valdés Cange, aunque no es médico de oficio, se presenta como tal por indisimulada afición a su ministerio. Toda pretensión literaria le es ajena y, si bien escribe correctamente, su prosa carece de relieve y temperatura. No es raro ocurra entonces en ella la paradoja de que sea fría cuando se la fragua con los materiales más calientes y plana cuando se la construye con bloques ásperos y abruptos.

¿Contribuirá el tono de humildad apaleada que trasunta el respeto hacia el ilustre destinatario de las epístolas?

¿Qué ha pasado con este libro terrible cuyo contenido corresponde con largueza al mensaje que su nombre promete? ¿Por qué se le conoce tan poco y se edita menos, al extremo de que hoy apenas se lee, sin embargo de que su descarnada y brutal franqueza es la mejor miel que en todas partes pudiera ofrecerse a las moscas de la opinión popular?

“El mal que aqueja a la Argentina es la extensión”, exclama con impropiedad Sarmiento en *Facundo*, tomando el efecto por la causa o, si se prefiere, el rábano por las hojas. Yerro semejante se cometería con *Sinceridad* si alguien pretendiera achacar a lo dilatado del tratamiento lo exiguo de su trascendencia y escaso de su demanda. No tal. A pésimo viento iría la parva con método semejante. ¿Por qué no dar la explicación sencilla y justa? Los lectores, como es sabido, quieren inacabable la lectura cuando le agrada, pero para ello es menester que por lo menos se cumpla con la ley psicológica de diferencia, según la cual vivimos de cambios, de oposiciones y morimos de monotonía.

*Sinceridad* no satisface con prodigalidad el requisito propuesto.

El mal que aqueja a la Argentina es la despoblación, debió haber dicho el creador de *Facundo*, al paso que debemos afirmar nosotros: el mal de Valdés Cange es la ausencia de estilo. Sí, de lo que en alta o alimentada preceptiva diurna debe continuar llamándose estilo o peculiaridad literaria.

Valdés Cange transformó en blando aunque estridente memorial buena parte de lo que pudo haber sido la más diamantina requisitoria. Tenía que cobrar una pieza formidable, la que se impuso como pretexto para levantar al país económica, moral e intelectualmente. ¿Y qué hizo? Se puso a matar mosquitos a cañonazos, se enredó en la casuística sin magnificarla por el arte: no matiza, no establece sino por accidentes símiles felices, no sugiere, no ironiza, conveniente y suficientemente, no da para promover patetismo ni patriotismo que hagan estallar la anhelada protesta.

Víctor Hugo tenía estilo —aunque parezca detestable a muchos— y pudo decir de Napoleón III que era “pequeño” y lo tomaba de una oreja para presentarlo ante la Historia.

¿Cómo reaccionó el Emperador cuando le llevaron el chisme?

Inteligente y noblemente, por lo menos en la expresión verbal: Víctor Hugo, el Grande, podía llamarlo “Pequeño”...

Valdés Cange emula a Don Quijote desafiando a instituciones y personalidades. Pero éstas y aquéllas, compenetradas de su papel como el león que el noble manchego emplazaba, le vuelven las espaldas indiferentes y se apoltronan y hasta continúan pertrechándose en la jaula de los combatidos vicios.

La artillería del paladín no les conmueve demasiado, porque no alcanza a ser la auténtica del ensayista. Le falta esa fuerza trascendente y subyugadora que el manejo de las grandes ideas cobra en un lenguaje artísticamente poderoso.

Asistimos a una retahíla de males en los órdenes económico, político, administrativo, educacional, social, al que se agregan los que afectan a las fuerzas armadas. Nos hartamos con pruebas, casos y cosas en que hace su agosto la inmoralidad. No es “algo lo que huele mal en Chile”, sino todo, y de capitán a paje y cual más cual menos, sin excluir lo que cada uno considere respetable, desde el Ejército y la Iglesia, hasta la Judicatura y la Universidad, todo cruje, todo se bambolea, todo está apolillado y hace agua en nuestra vacilante República a la deriva.

Ahora bien, ¿cuál es la salvación?

Como en las comedias de capa y espada y otras de parecido jaez en que por la anagnórisis o reconocimiento inesperado de un protagonista o acaso por algún papelito descubierto providencialmente, vienen en solucionarse los más afflictivos conflictos y a prevalecer el concierto sobre el caos, la carcoma de Chile debe batirse en retirada al conjuro de la conversión metálica.

Y aquí paz cumplida, y después gloria a rebato.

Solucionado el problema del huevo y la gallina.

Primero es el huevo o la economía, de donde nace la gallina o bienestar políticocultural.

Para los que piensen en un huevigallina o un gallinihuevo y creen en consecuencia que el todo precede y preside a las partes, trascendiéndolas en la suma al constituir la organización, el simplismo que Valdés Cange reedita a fin de redimirnos de todo mal no resulta muy seductor ni sustancioso.

Se ha repetido que los términos dependen de lo que se les pone dentro. ¡Sólo si se le pone todo lo demás parece aceptable como solución exclusiva la redención de los vicios psicosociales por los valores económicos!

Pero sometido el libro a un proceso de depuración que permite eliminar la ganga, como hierve en los cachuchos descritos por el propio autor la que contiene el salitre, quedan experiencias y críticas aprovechables.

No deja de ser interesante el desenfado con que Valdés Cange capta la decidida simpatía del lector honesto. Escribe sin pelos en la lengua y a cuero pelado. No se casa con nadie. Restallan los azotes a los mercaderes del templo y continúan resonando en esta nueva casa de Caifás, ininterrumpidamente, como granizada o artillería tupida. Para todos hay, que nuestro Catón se las trae y lleva sin tapujos, según queda dicho.

He aquí un mandoble para un jefe de la educación laica.

Campea nuestro cruzado por las preceptoras "víctimas de las acechanzas constantes de los visitantes y de todo el personal de la Inspección General de Instrucción Primaria". Y expresa al Presidente de la República con todo desparpajo: "Entiendo, señor, que estas cosas no son un misterio para vos, porque no podéis ignorar que uno de los caballeros que han tenido a su cargo esta rama de la educación pública murió a consecuencia del abuso de los placeres sexuales".

Pero cuando llueve todos se mojan, y en *Sinceridad...* diluvia: "Los gobernadores y aun los subdelegados también exigen el reconocimiento de su derecho de pernada (sic), cuando no hacen trasladar a una maestra honrada y competente para colocar a una querida, como no hace mucho aconteció en una cabecera de departamento que no alcanza a distar 40 kms. de Santiago, con grande escándalo de todo el vecindario".

Corresponde ahora el turno a educadoras religiosas, cuya falta de solvencia profesional y eminente estrechez de criterio lo hacen a menudo salirse de madre.

Sentado que la educación fiscal primaria le ha parecido siempre de mala calidad. Bien. Quienes piensan como él y poseen recursos

acuden entonces a la privada de las religiosas, que es pésima. Los cuitados salen de las llamas para caer en las brasas: en los colegios de monjas "les atrofian el cerebro y les destruyen el estómago", amén de producirles "muchas neurosis, muchas incapacidades fisiológicas, muchas degeneraciones orgánicas y psicológicas, que las jóvenes que allí se educan transmiten a la Humanidad por medio de la herencia".

Lo común, sin embargo, es verlo ahogarse en detalles que no fulgen, como tampoco destellan los vulgarismos y brutalismos, porque no los engarza en una sintaxis de riqueza plástica y móvil para devastarles y aun aristocratizarles su natural plebeyez y chabacanería. Aunque, en homenaje a la verdad, no hace gala notoria de una ni otra.

Y en cuanto a los relatos que ponen en evidencia el comercio personal de donde extrae los materiales fulminantes, la munición y la pólvora devastadoras, no pasan de reiterados partos de montes.

Vale la pena destacar dos, por el suceso ulterior que alcanzan en una novela y un cuento de plumas expertas, al paso que en la de Valdés Cange se malogran como aguafuertes aguadas por la prédica del sentimentalismo y la moralina.

La primera se refiere a una visita a la Escuela Santa María de Iquique, donde dos mil obreros fueron asesinados bajo el gobierno de Pedro Montt: los niños tuvieron que sacar tres meses después las costras de sangre para remover la tierra endurecida.

Volodia Teitelboim elevó el hecho a la categoría de epopeya proletaria con *Hijo del Salitre*.

La segunda más desleída y floja que la anterior, sirve al pelo y de molde para verificar cómo se marra o falla en arte aun contando con la cancha, el tiro y el lado, pero no con el pulso perito. Porque, en efecto, Valdés Cange conoce el escenario y a los actores y no ha debido inventar el asunto. De acuerdo con las optimistas doctrinas del realismo y de la verdad en literatura, nuestro narrador, hombre culto y con talento de primera línea, debió entregarnos un cuento con toda la barba. Y si no un cuento, un relato, una narración purgados de excesos y defectos.

Nada.

O mejor dicho, demasiado, porque hay recargo y vulgaridad en el epíteto, profusión de lugares comunes, inflación del tema, con el agravante de que el autor exhibe sin embozo el hacha que está afilando, énfasis declamatorio en la censura, etc., no obstante haber escrito el trozo con aceptable corrección.

¿Qué le falta, si ya hemos visto algo de lo mucho que le sobra?

La respuesta nos la entrega un maestro del cuento chileno, Olegario Lazo Baeza, que plasma la amerengada sustancia en un cuento de patetismo magistral, un peñascazo emotivo *El Padre*.

Otra cosa es cuando conjuga debidamente la sabiduría del límite y desahucia los sentimientos azucarados. Acuña entonces una monecita valiosa en veinticinco líneas con su correspondiente cola de alacrán, para que un técnico del cuento le haga rendir el máximo de intereses estéticos, que son intereses compuestos y perennales.

He aquí el camafeo por pulir y sin pretensiones de un viejo verde digno de Freud, Steckel o Adler, con su complejo sexual de exhibicionismo, el expediente de las "cartas venenosas" que lo facilita y la paradoja del premio que le otorgan en la educación los verdaderos delincuentes, es decir, los que gobiernan sin saber de la misa la media: "Un intendente conocí en una de nuestras principales ciudades de provincia que dedicaba sus horas de ocio (casi todas las del día) a requerir preceptoras y empleadas del telégrafo, porque había dado en la manía senil de dárselas de tenorio y tanto gustaba de que comentasen sus amoríos, que cuando juzgaba que el pueblo no paraba mientes en ellos, se daba a mandar a los clubes, a los bancos y a las personas de cuenta, anónimos en que bajo la apariencia de censura o chisme, se hacía aparecer en enredos amorosos con señoras o señoritas de la sociedad. Para que la cosa fuera bastante sonada, fingía sulfurarse, llamaba al administrador de correos, ponía en movimiento a la policía secreta, hacía publicar artículos en los diarios locales y formaba un escándalo mayúsculo, atribuyendo los anónimos a personas serias y prestigiosas, a quienes hacía vigilar por agentes de la policía disfrazados de civil.

Naturalmente, los *paganos* de estas genialidades del Intendente, eran, por una parte, el jefe de telégrafos y el visitador de escuelas, que se daban a Barrabás con todas sus subalternas alzadas; y por otra, el pueblo todo, que tenía que soportar las consecuencias de la relación de los servicios correspondientes.

"De paso os diré, señor, que ese funcionario, modelo de moralidad, fue promovido para ponerlo al frente de *¡un establecimiento de educación!*

Muy de vez en cuando asoma la uña del escritor, por desgracia excesivamente avara y retráctil. Fustiga, por ejemplo, a los partidos y luego de asegurar "triunfan los gérmenes malsanos que, como las heces en el vino, viven en el fondo de cada uno de ellos" espeta: "Las ideas, los programas, han pasado a desempeñar el papel de esos trabucos y arcabuces que suelen verse en las panoplias; muy grandes, formidables, pero inofensivos".

O remata en forma de alegoría magistral casos de fraude y venalidad frecuente cuyas víctimas son los miserables mapuches de un villorrio sureño: "El abogado, su maniquí (el tinterillo) y el juez formaban una tenaza temible: los dos primeros eran los brazos que oprimían y estrujaban a los clientes, y el juez era el tornillo, el punto de apoyo que daba la fuerza al instrumento".

Y *last but not least*. Al enfocar el problema de la inmigración: "Hay pueblos que no sirven para colonizadores, son como los colibríes; nos deslumbran con matices relucientes y con refinada elegancia, nos chupan todo el néctar y después vuelan para no volver".

Motivo largo de discusión pudiera ser el que provocan muchas de las apreciaciones y reformas propuestas en torno a sistemas electorales, la educación, la industria y la agricultura, la legislación obrera, etc., porque Valdés Cange es hombre de visión ancha, laica y desprejuiciada.

La separación de la Iglesia del Estado, las funciones supervisoras de la Superintendencia de Educación y la creación de un Consejo Universitario, la conveniencia de no hacerse ilusiones con respecto al porvenir del salitre, el desarrollo de la minería y las reformas de la Ley Orgánica de Municipalidades y la de elecciones, la creación de un Servicio Militar del Trabajo, el desarrollo poderoso y científico de la agricultura por medio de una política agrarioeducacional adecuada y de ciertas industrias, el fomento de la pesca, revelan en el autor de *Sinceridad* a un hombre de talento práctico y creador innegable.

(Sea dicho en honor a penosa verdad y en pudoroso paréntesis, no manifiesta demasiada simpatía para el comercio, a cuyos gestores ataca duro. Llama la atención en mentalidad tan madrugadora. ¿No se dio cuenta de que los vilipendiados fenicios nos dieron la médula de la cultura con el alfabeto ni de que Grecia fue lo que sabemos y nos ha hecho ser al resto del mundo gracias a la atmósfera internacional de su pensamiento y de su conducta favorecidos por las relaciones comerciales, que actúan en la vida de los pueblos fecundándolas como verdaderos agentes de polinización?).

En el terreno docente sus opiniones no pesan menos. Aparte la limitación bastante grande que importa a su pensamiento no haber sido partidario de la educación primaria obligatoria "por la escasez de buenos profesores", no deja de sorprendernos la responsabilidad y reciedumbre actuales de sus juicios, rara aún en personas que a medio siglo de distancia se consideran poco menos que estanqueras y tutoras de la avanzada pedagógica nacional.

En materia de educación secundaria se pronuncia por una cultura general completa, sin que se la bastardee asignándole finalidades de orden práctico inmediato en el sentido utilitarista que suele darse a la expresión.

La Historia debe desmocharse y enderezarse hacia la ética, las bagatelas serán reemplazadas por la interpretación filosófica, y aun conviene fundar las cátedras de Historia de la Literatura y del Arte e Historia de la Filosofía y de las Religiones.

Las Matemáticas han de comprender lo indispensable para el estudio de las Ciencias Físicas en Humanidades. Se reforzarán estos estudios en los dos últimos años cuando los alumnos hayan decidido seguir cursos de Ingeniería o afines, del mismo modo que el resto de los discípulos tomará lecciones de Literatura y Lenguas Clásicas.

Las lenguas modernas (inglés, francés, alemán) se estudian de preferencia para interpretar los textos, no para que se las hable. Lo que en Europa por razones obvias, es necesidad, entre nosotros pasa a ser expletivo y, por tanto (agregamos), dilapidación y casi necesidad.

Las ciencias físicas y naturales, junto a la historia, deben procurar una cosmovisión profunda e inteligente que no trascienda "en una atmósfera de refinado egoísmo, a una mentida felicidad extraterrena".

Se declara enemigo de la erudición memorista. Lo importante es que los educandos "alcancen una idea cabal de las bases en que descansa la ciencia, y viendo claro el verdadero lugar que al hombre le corresponde en la naturaleza, sacuda los prejuicios que la ignorancia ha amontonado en su cerebro".

Principalísimo es el estudio de la lengua materna: propone dedicarle 36 horas semanales. Analiza sabiamente el papel educacional de la disciplina eje. Vale la pena escucharlo: "Además de un conocimiento cabal de su lengua, el profesor de castellano necesita más que ninguno de sus colegas tener las dotes de un verdadero educador, porque en su asignatura es principalmente donde el alumno debe aprender a *pensar* y a *sentir*; de ahí donde, más que en cualquier otra clase, se va a formar la personalidad moral del educando, desarrollándose su criterio, su energía, su voluntad, sus sentimientos humanitarios y su amor por lo bello. Para alcanzar tales resultados se necesita un tiempo que no puede bajar de seis horas semanales en cada uno de los años de humanidades".

¿Cómo no manifestarse emocionado por la agudeza que este educador auténtico exhibe en la apreciación de los problemas de la enseñanza, siendo así que pedagogos actuales con notable fortuna para escalar cargos no la han tenido para pensar del modo diurno e independiente que era de exigirles?

Arrecian los aciertos cuando se hace el elogio de las lenguas griega y latina, cuyo conocimiento es indispensable para el dominio de la nuestra, instrumento en que pensamos y expresamos la cultura. Las lenguas y literaturas clásicas ocuparán seis horas semanales en cada uno de los dos últimos cursos.

En favor de los ramos aludidos, Valdés Cange alega una conveniencia para médicos, farmacéuticos, profesores de ciencias naturales que así comprenderán y retendrán junto con el sentido de los vocablos la significación de los objetos.

Pero quizá el mayor de los impactos sea la proposición de introducir en las humanidades el estudio de la Psicología Fisiológica. Nosotros la asimilamos (de acuerdo con las líneas subsiguientes), a la Caracterología de hoy, disciplina que hemos reclamado para nuestros estudios secundarios, primero, y para los universitarios docentes en seguida, como fundamental y definitivo, comparable sólo por su trascendencia y actualidad a la Axiología o Teoría de los Valores, que tampoco hallan eco en las petrificadas mentes de ciertas autoridades".

Al cabo de algunas siutiquerías alegóricas en que el niño es una planta cultivada por los padres y maestros, justifica su idea Valdés aludiendo al imperativo de conocer las leyes de la herencia o espectros de Ibsen y las inclinaciones morbosas (hoy las llamaríamos diátesis) de muchos adolescentes que requieren atención psicopedagógica. Hay que conjurar esos "espectros", esos "aparecidos" llevando la conciencia a maestros y afectados para que la lucha se desarrolle en dos frentes incontrastables.

Esta claridad de contenido, método y propósitos en la educación lo impulsa —para coronar su obra laica y desprejuiciada— a solicitar que existan clases de moral en forma científica y sistemática, independientemente de las lecciones y ejemplos que en esta brecha compete dar a los maestros en todos y cada uno de los ramos del plan en vigencia.

Si las condiciones literarias del libro se hallan lejos de ser excelentes, lo son en cambio la modernidad, el sesudo despejo y la honesta franqueza de la mayor parte de sus planteamientos. Ganaría, sin duda, reduciéndose a un quinto y bajándole y afinándole el tono en lo formal.

Valdés pertenece a la falange moralista de hispánica tradición que se empina desde Séneca, Gracián y Quevedo hasta Feijóo y Joaquín Costa.

Así, discutido y aún mucho más "discutible", es fuerza inspiradora en el ensayo chileno, en cuya orquestación suenan con agudeza hasta

nuestros días las notas esenciales de *Sinceridad*: nacionalismo, economismo, docencia.

Y todavía: la que el maestro percute con reiterada vehemencia, repercute con el más claro y distinto diapasón.

Nos referimos a la nota económica, que desde Francisco Encina hasta Alberto Baltra se acuerdan para recoger la inquietud del beligeró Valdés Cange, multiplicada en trascendencia y funcional complejidad.

¿No es el mejor de los homenajes?

La vida terrena fue avara en goces y nada suave con nuestro humanista. Como primera desgracia lo empujó a precoz y estrecha jubilación; como segunda, a los para él difíciles oficios de lechero en Santiago y despachero en Maipú; y como tercera, a la irreparable trágica de su muerte, a los 51 años de edad en 1922, es decir, en el minuto de mayor sazón, cuando su ilustre antepasado de la Mancha empezaba a ejercitarse con los molinos de viento.

Pero la vida gloriosa o dulcineica preserva sus gestos hidalgos.

Prenuncio lo constituye esta sincera plática sobre *Sinceridad*, como imaginamos le hubiera gustado: sin concesiones, inhibiciones, invenciones o exageraciones de esas a que la inarmonía de las glándulas, el cálculo timorato o sectario, la benevolencia perniciosa o el escaso castigo de la inteligencia suelen impulsar.

Nuestras opiniones van de escritor a escritor, en lo que estimamos de permanencia, y no en lo caedizo humano-profesional, que el cacareo y el cascareo sentimentaloides y de compromiso se encargan habitualmente de exaltar entre remolones y parapocos...